

PRENSA

“Saioak”, nueva revista vasca

Entre otras causas, la ausencia de una Universidad vasca y la intensidad de la represión han ocasionado un notable atraso en el desarrollo de las ciencias sociales, así como de la cultura en general, en el País Vasco. Uno de los indicadores posibles de esta situación desfavorable era la ausencia de publicaciones que dieran cabida a la renovación investigadora iniciada en los años 60 y que han ido sucediéndose en las restantes áreas del Estado. Así las cosas, el nacimiento de una publicación como “Saioak”, Revista de Estudios Vascos, merece de antemano un saludo positivo. Como advierte la nota de presentación (obra del director, Juan Carlos Aberásturi?), una revista no puede por sí sola cubrir un “handicap” en que, durante décadas, ha confluído una pluralidad de causas, pero sí es capaz de constituirse en ámbito y en un factor más de esa necesaria recuperación.

En cuanto a su contenido, lo primero que llama la atención del lector es que, aun presentándose como “revista de cultura”, en términos generales, Saioak es ante todo una revista de historia vasca. Nos imaginamos que, como en el caso del bilingüismo (la presencia del euskera como idioma de expresión de los investigadores resulta mínima en sus páginas), se trata de un resulta-

do involuntario. Es posiblemente el auge de la historia social y económica de Euskal Herría, ligado en sus orígenes al doble núcleo de Bilbao (Felipe Ruiz Martín, con el que enlazan, entre los colaboradores del número González Portilla, Bilbao y Pinedo) y Salamanca-Madrid (con el polo de Miguel Artola, del que “emergen” Fernández Albadalejo y, en cierto modo, el precitado Pinedo, y con el que conecta García de Cortázar), lo que explica esta orientación de la entrega inicial de Saioak. La sección de historia moderna podría verse reforzada con el trabajo del sociólogo Jesús Arpal sobre las estructuras familiares en la sociedad estamental vasca.

En Saioak encontramos, por consiguiente, una serie de aportaciones de primer orden a la historia vasca en los niveles general y monográfico. En cuanto a los planteamientos generales, sobresale una vez más la investigación de González Portilla sobre la industrialización vasca del XIX. El historiador bilbaíno sigue con su costumbre de ofrecer a sus lectores un nuevo giro, donde entronca con sus ensayos ya publicados y, al propio tiempo, introduce nuevos datos para entender la dinámica social de Vizcaya en la segunda mitad del 800. Como siempre también, los diversos planos del texto de Portilla aparecen como algo inconexos. De todas formas, la conjugación de datos sobre la evolución democrática, el proceso de acumulación capitalista y la evolución de beneficios y salarios constituye el mejor entramado hasta ahora disponible para explicar las relaciones de clase y los comportamientos políticos en la Euskal Herría contemporánea. Con mayor capacidad de síntesis y menor número de aportaciones concretas, en la

misma línea se sitúa el trabajo de Luis María Bilbao sobre la “crisis” de la economía vasca en el siglo XVII. Tal vez hubiera sido conveniente que, en orden de lectura, este ensayo precediera al estudio más concreto de Fernández de Pinedo sobre el campesinado vasco del antiguo régimen, tomando un período sobre el que el estudio sobre la familia y el parentesco de Arpal arroja una luz paralela. Con las nuevas reflexiones de Fernández Albadalejo sobre Larramendi y Guipúzcoa en el XVIII, queda formado lo que podría considerarse el núcleo de la revista.

La historia contemporánea se halla peor representada, por lo que concierne a los aspectos políticos. La nota de “Beltza” sobre el carlismo alavés no va más allá de una hipótesis interpretativa, en cuyo interior figura algún punto históricamente confuso (¿puede pensarse que, tras romper con el carlismo, el nacionalismo vasco en 1933 ‘había escogido la alianza con los republicanos y socialistas’?). El artículo de Miguel Sagües sobre los estatutos y el euskera, mirando tal vez en exceso al presente, hubiera merecido un mayor desarrollo en cuanto al trazado del contexto republicano. Y en el trabajo inicial de Elorza sobre comunismo y nacionalismo vasco en la II República hay un esquematismo forzado al hablar de las posiciones catalanas: a la luz del reciente trabajo de F. Bonamusa sobre Andreu Nin, las posiciones trotskistas sobre el movimiento nacionalista en Euskadi resultan más complejas de lo que parece indicar el artículo aludido.

Un poco en el fondo queda la historia vasca medieval, con una buena revisión historiográfica a cargo de José Angel García de Cortázar. Y el euskera, sobre el que (al margen de la nota citada

de Sagües) versa el único artículo en euskera de este Saioak 1, redactado por Ibon Sarasola y sobre el cual, por razones de idioma, el autor de estas líneas se declara incompetente.

Como balance, y con esa sola exigencia de una mayor diversificación en las áreas de conocimiento incorporadas, Saioak apunta la promesa de una excelente revista que puede contribuir a ese renacimiento de Euskadi en libertad que todos esperamos. ■ A. E. D.

ARTE

Esto pretende ser una breve crónica de la Segunda Fundación del Museo de la Resistencia Salvador Allende, de Chile. La primera tuvo lugar en Chile, en vida aún de aquel gran Presidente, y más grande hombre aún, que se llamó Salvador Allende. Y claro está, aquella primera fundación no tuvo exposiciones fundacionales como ésta, ni la más mínima solemnidad. Es que ignorábamos el argumento de la historia por venir, que estaba próxima. En aquel tiempo de la primera fundación, Chile era un país pobre, casi tan pobre como el Chile actual, aunque no estaba tan postrado en la miseria ruin a que ahora la tienen sometida. Pero Chile, en poder de la Unidad Popular, era por lo menos un país sonriente. Vivía en la esperanza de estar poseído por su propio pueblo, incluso frente a la amenaza de “los momios” —que así llamaban allí, con ese ingenio masculino de momias, a la gran derecha reaccionaria—. “Reaccionaria”... nunca una palabra poseyó una más clara confirmación. Porque lo cierto es que aquella derecha reaccionó frente a la pretensión de que Chile dejara de ser una posesión particular de ellos y de la mano de Pinochet dejó de ser el país libre que era.

Museo de la Resistencia Salvador Allende

Galerías Multitud, Juana Mordó —la de Villanueva—, El Coleccionista, Rayuela y Aele-Puigcerdá.

Fueron necesarias hasta esas cinco galerías para darle cabida



ALZ  
JUINO